



## LA ANTÍTESIS DEL ZAPATERISMO

El nuevo Gobierno es el reverso del anterior. La diferencia de estilo es tan sideral como la del concepto de selección

**T**ODO Gobierno constituye siempre una cierta prolongación de la personalidad de su presidente. En ese sentido el primer Gabinete de Rajoy es un reflejo prístino del estilo *marianista*: técnico, competente, serio, refractario a su propio impacto de opinión pública y cohesionado en torno a un sentimiento no sólo de lealtad al líder sino de afinidad personal con él. Pero como aún está inédito y el zapaterismo queda demasiado cerca es imposible resistir la comparación inicial con su precedente inmediato. Al margen de valoraciones subjetivas sobre la calidad política de sus miembros, que está por demostrar en el ejercicio de sus funciones, podría decirse que este equipo representa a priori la antítesis de su antecesor porque ha sido diseñado desde principios diametralmente distantes.

Zapatero componía sus gobiernos según una idea aparenial de la política. Creaba ministerios-carcasa, sin competencias reales, en torno a conceptos que formaban parte de su discurso abstracto —Vivienda, Igualdad, Ciencia—, y adjudicaba carteras pensando en la repercusión mediática de sus titulares; una mujer embarazada en Defensa, por ejemplo. Se autoimponía cuotas de sexo o de territorios hasta el punto de tener que cuadrarlas como quien rellena las casillas verticales y horizontales de un crucigrama. Y disfrutaba con el factor sorpresa de su selección de personal a costa de provocar estragos en una gestión que —los resultados lo demuestran— consideraba un factor secundario. Eran gabinetes posmodernos, visuales, concebidos de cara a la galería; carecían de cohesión y a menudo acababan deslavazados mientras el presidente tomaba decisiones con su círculo de asesores al margen de los ministros interesados.

Rajoy ha nombrado un consejo tan diferente al anterior como él mismo lo es de Zapatero. Ha suprimido vicepresidencias y departamentos, ha unificado organigramas, ha liquidado las cuotas y ha buscado perfiles sin estridencias. Su modelo de partida es radicalmente distinto: gente que sepa lo que hace, familiarizada con la gestión y en su mayoría profesionalmente vinculada al sector bajo su competencia. Ha huido de experimentos señalando a personas de reconocimiento previsible en sus áreas respectivas. Y se ha pasado por el forro las consideraciones de popularidad o de fulgor mediático. Hasta tal punto que si de algo peca este Gobierno es de una cierta carencia de empatía comunicativa. Son gente más bien adusta, llamada para resolver problemas y no para caer simpática. Como el propio presidente, tan alérgico a los aspectos ornamentales de la política.

La diferencia intelectual, de formación, méritos y currículum también es sideral. Eso no garantiza nada, por supuesto; el éxito político también depende a veces del coraje, el desparpajo y, por supuesto, la suerte. Pero ya sabemos que el camino contrario, el de la trivialidad, conduce directamente al desastre.